



VOL: AÑO 6, NUMERO 17
FECHA: SEPTIEMBRE-DICIEMBRE 1991
TEMA: CAMBIOS CULTURALES
TITULO: **El significado de ser "americano" [*]**
AUTOR: *Michael Walzer* [**]
SECCION: Notas y traducciones

TEXTO

No hay un país llamado América. Vivimos en los Estados Unidos de América, y nos hemos apropiado el adjetivo "americano", aún cuando no podamos reclamar ningún título exclusivo para ello. Canadienses y mexicanos también son americanos, pero ellos tienen adjetivos más suyos, y nosotros no tenemos uno. No obstante lo importante que es, palabras como "unitario" y "unionista" no lo construirán; nuestro sentido propio no es capturado por el sólo hecho de nuestra unión, tampoco servirán a nuestros propósitos el "estatismo" o el "estatismo unido", pues un buen número de los ciudadanos de Estados Unidos son antiestatistas; y "por otro lado, los Estados Unidos tienen un anonimato peculiar". [1] "Americano" es un nombre que no pretende decirnos aún quién vive aquí, cualquiera puede vivir aquí, casi como todo mundo lo hace los hombres y mujeres de todas las nacionalidades del mundo. Es peculiarmente sencillo hacerse americano, el adjetivo no provee información puntual acerca de los orígenes, las historias, las conexiones o culturas de aquellos a quienes designa. ¿Qué dicen entonces de su lealtad política?

Patriotismo y Pluralismo

Los políticos americanos periódicamente se entablan en una feroz competencia para demostrar sus patriotismo. Seguramente, esta es una extraña competición, ya que en la mayoría de los países el patriotismo de los políticos no es un problema. Hay otros asuntos más importantes, y esta cuestión de identificación política y compromiso raramente surge; la lealtad a la patria, la patria (o madre patria) es simplemente asumida. Quizá no es asumida aquí porque los Estados Unidos no es una patria. Los americanos nunca han hablado de su país como una patria. El tipo de lealtad orgánica o natural que (correcta o incorrectamente) nosotros reconocemos en las familias no parece ser una característica de nuestra política. Cuando los políticos americanos recurren a la metáfora de la familia, usualmente están construyendo un argumento acerca de nuestras mutuas responsabilidades y obligaciones asistenciales, y entre los americanos ese es un argumento discutible. [2] Uno puede ser un americano patriota sin creer en las responsabilidades mutuas de los ciudadanos americanos además para algunos "americanos" la incredulidad es una medida del patriotismo propio.

Similarmente, Estados Unidos no es una "tierra natal" (donde una familia nacional puede habitar), por lo menos no como son otros países. Es un país de inmigrantes que, por muy agradecidos que estén por este nuevo lugar, aún recuerdan los pasados sitios y sus hijos saben, aunque sea intermitentemente, que tienen raíces en otra parte. Sin duda, son nativos, pero algún sentido de novedad inoportuno, o de un pasado distante, impide a la lengua llamar a esta tierra "nación". Los usos políticos más viejos de la palabra "nación"

comunes en Gran Bretaña, nunca han echado raíces aquí: condados nacionales, estación nacional, Ministerio de Gobernación, gobierno autónomo. En América, estar "en casa" es un asunto personal, los americanos tienen ciudades natales, heredades y tradiciones y cada una de éstas es un tópico de conversación infinitamente interesante, pero no tienen mucho qué decir acerca de un hogar en común.

Tampoco hay una patria común, sino más bien muchas diferentes, una multitud de patrias. Para los hijos y aún los nietos de la generación de inmigrantes, la patria de uno, "la tierra de origen de nuestros ancestros" está en otra parte. El término "americanos naturales" designa a los primeros inmigrantes que llegaron aquí siglos antes que cualquiera de los otros. ¿En qué punto el resto de nosotros, crecidos naturales, llegamos a ser naturales? por el momento la cuestión no ha sido decidida, sin embargo el lenguaje del nacionalismo está perdido mayoritariamente (nunca ha sido dominante en la vida pública americana), aún cuando la realidad política es evidente de ver.

Alternativamente, el lenguaje nacionalista puede ser usado contra los políticos del nacionalismo como en estas líneas de Horace Kallen, el teórico de una América anónima:

"Detrás (del individuo) en tiempo y en él, están sus ancestros; alrededor de él en espacio, están sus familiares y parientes, llevando en común con él la tendencia orgánica heredada de un remoto ancestro común. En todo esto, él vive y se mueve y tiene su existir. Literalmente, ellos constituyen su nación, la esencia de su nacimiento." [3]

Pero ninguno puede ser correctamente llamado "americano", ya que hay tantas "tendencias orgánicas" (el lenguaje es engañoso: el antinativista nacionalismo de Kallen es cultural, no biológico). Los americanos no tienen una esencia suya buscan la esencia sólo mirando hacia atrás. De acuerdo a Kallen, Estados Unidos es menos una unión engreída de estados de lo que es una unión de grupos étnicos, raciales y religiosos una unión de distintos "orígenes" inconexos. ¿Cuál es la naturaleza de esta unión? El Gran Escudo de los Estados Unidos lleva el lema E pluribus unum, "de muchos, uno" que parece sugerir que la multitud debe ser dejada atrás por la unidad. Una vez hubo muchos, ahora los muchos se han fusionado o, en la imagen clásica de Israel Zangwells, han sido fundidos en uno, pero el Gran Escudo presenta una imagen diferente: el águila "americana" sujeta un haz de flechas; aquí no hay unión o fusión, sino solamente una fijación, un acoplamiento: muchos-en-uno, quizá el adjetivo "americano" describe este tipo de unidad. Tentativamente, podemos decir que señala hacia la ciudadanía no al nacimiento o nacionalidad de los hombres y mujeres a los que designa. Es un adjetivo político y en sentido estricto, su política es liberal: generoso, tolerante, complaciente tomando en cuenta la supervivencia y aún el florecimiento o incremento de la multitud.

En esta opinión, llamada apropiadamente "pluralista" la palabra "de" en el Gran Escudo es una preposición falsa. No hay movimiento de muchos a uno, sino más bien una simultaneidad, una coexistencia una vez más, muchos-en-uno, pero no quiero sugerir aquí un misterio, como la concepción cristiana de un Dios que es tres-en-uno; algunas veces, el lenguaje del pluralismo es un poco misterioso pero se presta por sí sola -de igual manera que la descripción de Kallen de América como una "nación de nacionalidades" o el relato de John Rawls del estado liberal como una "unión social de uniones sociales" -a una apertura racional. [4] Después de todo, un haz de flechas no es una entidad misteriosa, podemos encontrar términos análogos en las formas tempranas de organización social: tribus compuestas de muchos clanes, clanes compuestos de muchas familias. Los conflictos de obligación y lealtad, productos inevitables del pluralismo, deben plantearse también en estos casos, y no son aún términos análogos exactos del caso americano, ya que tribus y clanes carecen del "anonimato" de Kallen. Como hemos visto,

el pluralismo americano es peculiarmente un fenómeno moderno no misterioso, sino muy complejo.

De hecho, Estados Unidos no es una "nación de nacionalidades" o una "unión social de uniones sociales". Por último, la unión o nación individual no está constituida por, las uniones o nacionalidades plurales, no es una combinación o un cierre conjunto de éstas. En cierto sentido, las incluye, provee una estructura para su coexistencia; pero no son sus partes, en ningún sentido importante, no son los estados particulares las partes que constituyen los Estados Unidos, las partes son los hombres y mujeres individuales. Estados Unidos es una asociación de ciudadanos, su "anonimato" consiste en el hecho de que estos ciudadanos no transfieren su nombre colectivo a la asociación; nunca ocurrió que un grupo de personas llamadas americanas vinieran juntas para formar una sociedad política denominada América. Las gentes son americanas sólo por la virtud de haber venido juntas y cualquier identidad que tuvieran antes de llegar a ser americanos, la conservan después (o mejor dicho, son libres de conservarla). Para estar seguros, hay otra opinión de la americanización que sostiene que para su éxito, el proceso requiere de la "borradura" mental de todas las identidades previas el olvido, o aún como escribió un entusiasta en 1918, el "olvido absoluto". [5] Pero en la opinión pluralista, los americanos están autorizados para recordar quiénes fueron y también para insistir en qué más son.

Sin embargo no están destinados para el recuerdo o la insistencia. Lo mismo que sus ancestros escaparon del viejo país, asimismo pueden hacerlo si eligen escapar de sus identidades pasadas, de la "esencia" de su nacimiento. Kallen escribe del individuo que "cualquier cosa que cambie, no puede cambiar a su abuelo"; [6] quizás no, pero puede llamarlo "rústico" rechazando sus costumbres y convicciones, abandonar el nombre de la familia, mudarse a un vecindario nuevo y adoptar un "estilo de vida" nuevo. No viene a ser un mejor americano haciendo cosas (aunque algunas veces ese es su propósito), pero puede llegar a ser un simple americano, un americano y nada más, liberándose a sí mismo del origen que los pluralistas consideran como universal de este lado, aunque no en el otro lado del Océano Atlántico. Pero, libre del origen, también parece libre de la etnicidad: "americano" no es uno de los grupos étnicos reconocido en el censo de los Estados Unidos. Alguno que sólo es un americano es, por lo que a nuestros burócratas concierne, étnicamente anónimo. Sin embargo, tiene un derecho a su anonimato; eso es parte de lo que significa ser un americano.

Por un largo tiempo, los americanos británicos se pensaban simplemente como americanos -y no anónimamente: ellos constituían, así lo hubieran dicho, una nueva nacionalidad y una nueva etnicidad dentro de la cual todos los posteriores inmigrantes lentamente se asimilarían. Además, en un tiempo cuando pareció no ser un proceso reconocible del todo, la "americanización" fue un programa político designado a asegurar que la asimilación no sería un proceso muy lento. Pero aunque hubo individuos que hicieron su mejor esfuerzo para asimilar, esto es, adoptar, al menos exteriormente lo más de los americanos británicos, eso pronto cesó de ser un camino plausible para un futuro "americano", el número total de inmigrantes no ingleses era demasiado grande. Si iba a ser una nueva nacionalidad, tendría que salir de una "cacerola", donde el calor era igualmente aplicado a todos los grupos, tanto a los primeros inmigrantes como a los más recientes. A la vuelta del siglo, la América anónima era, dicen, un símbolo para alguna futura persona desconocida, quien le daría un contenido cultural al nombre. Mientras tanto, la mayoría de los americanos eran americanos de origen extranjero más o menos comprometidos a sus multitudes, más o menos aliados a sus abuelos; el pluralismo fue un programa político alternativo, designado para legitimar esta multitud y hacerlo permanente lo que dejaría a aquellos individuos que fueran americanos y nada más, permanentemente anónimos, asimilados a una no-identidad cultural.

Ciudadanos

Pero aunque estos americanos anónimos no fueran mejores americanos por ser o venido a ser anónimos, es concebible que ellos fueron y son, mejores ciudadanos americanos. Si la multitud de América es cultural, su unidad es política y puede ser el caso que los hombres y mujeres que están libres de las culturas no americanas se comprometerán mas completamente al sistema político americano. Tal vez el anonimato cultural es la mejor base posible para la política americana. Por supuesto, desde el principio ha sido el reclamo general de los americanos británicos, el que su propia cultura es la mejor fundamentada, y obviamente hay mucho que decir en cuanto a esa opinión. A pesar de los esfuerzos de los americanos de origen extranjero por describir las políticas liberal y democrática como un tipo de Camino Común al cual todos ellos han hecho contribuciones, la genealogía del sistema político americano soporta un cercano parecido a la genealogía de los hijos e hijas de la Revolución Americana -como las organizaciones étnicas ¡si alguna vez hubo alguna! [7] pero esta genealogía debe contar también para el vuelo a través del Atlántico y la Guerra Revolucionaria. La oligarquía parlamentaria del siglo dieciocho de la Gran Bretaña no fue, después de todo, un modelo totalmente útil para América. Cuando los ancestros de los hijos e hijas describieron sus logros políticos como un "nuevo orden para las edades" estaban celebrando un rompimiento con su propio pasado étnico, casi tan profundo como aquél que los americanos pidieron construir después. Los americanos británicos que rechazaron la ruptura se llamaron a si mismos "Legitimistas", pero fueron llamados ilegítimos por sus oponentes y tratados aún más severamente que los americanos de origen extranjero de Alemania, Rusia y Japón en etapas posteriores de guerra y revolución.

En el "nuevo orden" la ciudadanía no era universalmente obtenible, ya que los negros y mujeres indias (americanos naturales) eran excluidos, pero nunca fue enlazada a una sola nacionalidad. Philip Gleason escribe, para "llegar a ser un americano (...) una persona no tiene que ser de ningún antecedente particular nacional, lingüístico, religioso o étnico. Todo lo que tenía que hacer era comprometerse con la ideología política centrada en los ideales abstractos de la libertad, igualdad, y republicanismo". [8] Estos ideales abstractos son hechos por una política separada no sólo de la religión sino de la cultura misma o mejor, de todas las formas particulares en las que la religión y cultura nacional fue y es expresada -por consiguiente, es una política "anónima" en el sentido de Kallen. El anonimato también sugiere autonomía, aunque no quiero pretender que la política americana no estaba limitada de manera importante por el Protestantismo Británico, luego por el Catolicismo irlandés y todavía después por los compromisos religiosos y la experiencia política de alemanes, italianos, polacos, judíos, africanos e hispanos; pero estas limitaciones nunca tomaron lo que podía llamarse una forma adjetiva sólida, nunca vinieron a ser restricciones permanentes o exclusivas de la ciudadanía y política abstracta de América. El adjetivo "americano" denominó, y aún denomina, una política que es relativamente ilimitable por la religión o nacionalidad, o que está restringida alternativamente por tantas religiones y nacionalidades como para ser libre de cualquiera de ellas. Es esta libertad la que hace posible para la unidad de América el proteger y abarcar su multitud. No obstante, el conflicto entre la multitud y la unidad es una característica penetrante de la vida americana. Aquellos americanos que atribuyen gran valor a la unidad de la ciudadanía y la centralidad de la lealtad política deben buscar constreñir la influencia de la cultura de masas; aquellos que valoran la multitud deben despreciar la unidad. Desde los primeros días de la República, el conflicto es evidente, pero comenzaré mi propio relato de ello con la campaña para restringir la inmigración y naturalización en 1850. Comúnmente llamada "nativista" por los historiadores, la campaña fue probablemente más cercana en sus políticas a un Republicanismo Roussoniano. [9] El fanatismo anti-irlandés y anti-católico desempeñaron un importante papel al movilizar la base para el partido americano (o Republicano Americano) popularmente llamado los

"Know-Nothings"; [***] al igual que el estilo político del partido, como aquellos de los abolicionistas y del esclavismo ilegal, que manifestaron muchas de las características del moralismo protestante. Pero por encima de todo, en su propia presentación, todos eran republicanos, preocupados más con la virtud cívica de los nuevos inmigrantes que con sus linajes étnicos, su crítica religiosa se enfocaba sobre la conexión ostensible entre el Catolicismo y la tiranía. El programa legislativo de los "Know-Nothings" tuvo que ver ampliamente con las cuestiones de ciudadanía a nivel nacional y de educación pública a nivel local. En el Congreso, donde el partido en la cumbre de su poder en los 1855 tuvo 75 representantes (y quizá otros 45 simpatizantes, fuera de un total de 234), pareció más comprometido para restringir el sufragio que para detener la inmigración; algunos de sus miembros habrían listado a los "pobres" al entrar a Estados Unidos, y otros habrían requerido inmediatamente de un juramento de todos los inmigrantes al desembarcar. Pero su energía mayoritariamente estuvo dirigida hacia la revisión de las leyes de naturalización. [10] Lo que los "Know-Nothings" defendieron no fue la eliminación de la multitud sino el que no tuvieran derecho al voto.

Probablemente algo parecido a esto fue la posición de la mayoría de los "nativistas" americanos hasta los últimos años del siglo diecinueve. En 1845, cuando el grado de inmigración era aún medianamente bajo, un grupo de "nativos americanos" reuniéndose en Filadelfia declararon que ellos "recibirían amablemente a todas las personas que vinieran a América, y les otorgarían cada privilegio, excepto el sufragio y un cargo". [11] Podría creerse que la opinión nativista de los americanos negros era aproximadamente similar. La mayoría de los "Know-Nothings" norteamericanos (la fuerza más grande del partido en Nueva Inglaterra) se oponían fuertemente a la esclavitud, pero no se deriva de esa oposición, que estaban preparados para recibir a antiguos esclavos como conciudadanos. Después de una guerra sangrienta, y los "Know-Nothings", por entonces republicanos leales que soportaron probablemente ese resultado, la lógica de los eventos guió hacia la ciudadanía; pero la lógica del principio republicano, como ellos lo entendían, habría implicado algún retraso. Una resolución de la legislatura de Massachusetts en 1856 discutiría que "las instituciones republicanas estaban especialmente adaptadas para un pueblo educado e inteligente, capaz del autogobierno y acostumbrado a éste. Las instituciones libres podrían ser seguramente destinadas sólo para liberar a los hombres..." [12] Los legisladores continuaron exigiendo el requisito de veintidós años de residencia para la naturalización. Sin embargo, como se intentó que cualquier residente adquiriera todos los derechos como miembro de la sociedad civil, otro texto de legislación proveería que cualquier persona extranjera blanca y libre (la propuesta vino de un senador de Mississippi) podría ser elegible después de doce meses de residencia, "a toda la protección del gobierno y podría ser apto para heredar, poseer y transmitir bienes inmuebles...de la misma manera que si fuera un ciudadano". [13]

Entonces, la sociedad civil incluiría una gran variedad de etnias y religiones y quizás aún grupos raciales, pero los miembros de estos grupos contraerían el bien "inestimable" de la ciudadanía, sólo después de un largo período de educación práctica en la virtud democrática (pero, ¿aprende uno sólo por ver?). Menospreciando su nombre los "Know-Nothings", pensaron que la ciudadanía era un asunto acerca del cual había mucho por conocer; algunos de ellos querían hacer obligatoria la asistencia en las escuelas públicas, pero enfrentados con las obligaciones constitucionales, sólo insistieron en que ningún fondo público fuera para el sostenimiento de las escuelas parroquiales. Vale enfatizar que el principio crucial aquí no fue la separación de la iglesia y el estado; el partido de los "Know-Nothings" no se opuso a las leyes sabáticas, [14] sus miembros creían que los impuestos monetarios no deberían ser usados para asegurar a la multitud social -no en los casos de religión, obviamente, ni tampoco en el caso de cultura y lenguaje. Singular en forma, la identidad política sería públicamente inculcada y defendida; la pluralidad de identidades sociales tendría que ser mantenida en privado.

No dudo que la mayoría de los nativistas esperaban que la pluralidad, de hecho, no sería mantenida; tenían ideas, si no teorías sociológicas, acerca de la conexión de las políticas y la cultura -específicamente, como he dicho, las políticas republicanas y la cultura protestante. No quiero subestimar la centralidad de estas ideas: probablemente éste fue el conocimiento que los "Know-Nothings" estuvieron encubriendo cuando ellos reclamaban el ignorar. No obstante, la lógica de su posición, como la de cualquier "americano" republicano, llevó hacia la creación de una política independiente de todas las etnicidades y religiones presentes en la sociedad civil. De otra manera, mucha gente sería excluida, el mundo político se parecería demasiado a la Vieja Inglaterra y no al "nuevo orden de las edades", ni a "América". Los americanos nativistas no podían desafiar directamente el pluralismo ético y religioso, pero ambos estaban protegidos (como las escuelas parroquiales estaban protegidas) por la Constitución, a la que ellos concedían una adhesión apasionada. Podían insistir en que dicha adhesión sería la marca de todos los ciudadanos -y enunciar los argumentos usuales en contra de un amor a primera vista en favor de grandes compromisos. Querían lo que Rousseau quería: que los ciudadanos pudieran encontrar la mayor parte de su felicidad en las actividades públicas (políticas) más bien que en las privadas (sociales), [15] y estuvieron preparados para negar la ciudadanía a los hombres y mujeres que les parecieron especialmente poco prometedores para llevar a cabo este programa. Sin duda, la propiedad pública llegó a los nativistas fácilmente otra vez, porque se sentían tan enteramente "en casa" en la vida pública americana; pero no debemos apresurarnos a atribuir este sentimiento a los que llevan la conciencia étnica dentro de la esfera política, ya que la política americana en 1850, estaba tan abierta, igualitaria y democrática (en relación a la política europea) que casi cualquiera podía sentirse "en casa" en ella. Precisamente porque los Estados Unidos no fue la patria exclusiva de unos, su política fue universalmente accesible. Todo lo que fue necesario en principio, era un compromiso ideológico, en la práctica, una buena línea de política. Los irlandeses lo hicieron muy bien y demostraron, tan concluyentemente como uno pudiera haberlo deseado, que lo "británico" y lo "protestante" no eran adjetivos necesarios para la política americana. Ellos se apegaron a la multitud no a la unidad.

Por esta razón, los símbolos y ceremonias de la ciudadanía americana no podían delinearse desde la cultura política o la historia de los americanos ingleses. Nuestro Congreso no es una Cámara de Comunes, el "Guy Fawkes Day" no es una fiesta americana; la Carta Magna nunca ha sido uno de nuestros textos sagrados. Las ceremonias y símbolos americanos son culturalmente anónimos, inventados más que heredados, voluntarísticos en estilo y estrechamente políticos en contenido: la bandera, la oración, el día de la independencia, la Constitución. Es enteramente apropiado que el partido de los "Know- Nothings" tuviera su origen en la sociedad secreta de la "Star-Spangled Banner", y aún hoy, es enteramente comprensible que la bandera y la oración continúen figurando largamente en el debate político. ¿Con qué reverencia debería ser tratada la bandera?, ¿en qué ocasiones debe ser saludada ésta?, ¿deberíamos pedir a los niños escolares recitar la oración, a los profesores guiar la recitación?. Todas estas cuestiones son pruebas de un compromiso político que no puede ser tomado simplemente porque no hay una base cultural común y natural sobre la que erigir la confianza común. La bandera y la oración son, como siempre lo han sido, todo lo que tenemos. Uno podría sugerir, por supuesto, pruebas alternativas y más prácticas de lealtad -por ejemplo, la participación responsable en la vida política, pero la alternativa histórica real es el reto propuesto por los pluralistas culturales: en su visión, uno demuestra su propio americanismo viviendo en paz con los otros "americanos", esto es, aceptando respetar a la multitud social más que por prometer lealtad a la República "única e indivisible", y los pluralistas se conducen por la lógica de este argumento para sugerir que la ciudadanía es algo menos que un bien "inestimable".

Norteamericanos de origen extranjero

Ciertamente fue bueno ser un ciudadano americano. Horace Kallen estuvo dispuesto a denominar a la ciudadanía una "gran vocación", pero evidentemente no creía (en los años de 1910 y los 20's, cuando escribió sus ensayos clásicos sobre el pluralismo cultural) que uno pudiera hacer una vida allí. Fue mucho mejor comprendida en términos instrumentales, tuvo que ver con los arreglos que hicieron posible para los grupos de ciudadanos "lograr y proteger" sus diversas culturas y "alcanzar la excelencia apropiada a su clase". [16] Kallen pensaba que estos arreglos tenían que ser democráticos y la democracia requiere ciudadanos de cierto tipo -autónomos, autodisciplinados, capaces de cooperación y compromiso. La "americanización" era enteramente legítima en la medida en que apuntaba al desarrollo de estas cualidades. Estos nuevos ciudadanos inventaron la versión de Kallen de la virtud cívica, y él estuvo dispuesto a decir que ésta debería ser común a todos los americanos. Pero, quizá, curiosamente, no tocaron el lado más profundo: "la común vida citadina que depende de las mismas opiniones, no es interna, corporativa e inevitable, sino externa, inarticulada e incidental... no la expresión de una homogeneidad de herencia, mentalidad e interés". [17] De aquí el programa de Kallen: la asimilación "en materia económica y política" y la desasimilación "en la conciencia cultural". [18] La fusión de estos dos procesos en una persona, de tal manera que, por ejemplo, un judío-americano (como Kallen) era similar a otros americanos en sus actividades políticas y económicas, pero mantenía su identidad con los otros judíos en el nivel más profundo de cultura. [19] Es claro que los "enlaces" de Kallen, cuya vida espiritual está situada muy enfáticamente a la izquierda de la fusión, no pueden derivar la mayor parte de su felicidad de su ciudadanía; en un sentido no deberían, ya que la cultura, para los pluralistas culturales, es mucho más importante que las políticas y promete una satisfacción más completa. Parece que los pluralistas no ganaron republicanos -por la misma razón que los republicanos no ganaron pluralistas, el clásico ejemplo es Rousseau. Los dos se ocuparon de diferentes tipos de bienes. Los norteamericanos de origen extranjero de Kallen pueden ser ciudadanos atentos y conscientes, no en un modelo republicano, sino en uno liberal. Esto significa dos cosas, primero, los varios grupos étnicos y religiosos pueden intervernir en la vida política sólo en orden a defenderse y exponer sus intereses comunes -como en el caso de la NAACP [*4] o la Anti-Defamation League- pero no en orden a imponer su cultura o sus valores. Tienen que reconocer que el estado es anónimo (o, en el lenguaje de los teóricos políticos contemporáneos, neutral) por lo menos en este sentido: que no puede tomar el carácter o el nombre de ninguno de los grupos que lo incluye. No es un estado-nación de un tipo particular y no es un República cristiana. Segundo, el principal compromiso político de los ciudadanos individuales es proteger sus salvaguardias, sosteniendo la estructura democráticas dentro de las cuales persiguen sus actividades más sustantivas. Este compromiso es consistente con los sentimientos de gratitud, lealtad y aún patriotismo de un cierto tipo, pero no contribuye a crear la sociedad. Además, hay unión en la política (y la economía) pero una clase de unión que impide la intimidad. Kallen escribe "la vida política y económica de la comunidad...es una sola unidad y sirve como el fundamento y antecedente para la realización de la individualidad distintiva de cada nación". [20] Aquí el pluralismo está sinceramente opuesto al republicanismo: la política no ofrece comunión ni tampoco autorrealización. Las cosas realmente importantes están en otra parte.

Por supuesto Kallen cree que esta "otra parte" existe realmente. La suya no es una visión utópica; no es un caso de "en otra parte, tal vez". Los "grupos orgánicos" que construye la América de Kallen aparecen en la vida pública como grupos de interés solamente, organizados para la persecución de los bienes materiales y sociales que universalmente son deseados, pero algunas veces en poca proporción y a menudo injustamente distribuidos. Ese es el único aspecto contenido por un sistema político liberal y democrático, pero detrás de esto, escondido de la vista pública, yace el verdadero

significado de la religión o la etnicidad: "Es el centro en el cual (el individuo) se mantiene, el punto de sus relaciones más íntimas, luego de su más intensa vida emocional". [21] Me inclino a decir que ésta es una visión demasiado radical de la identificación religiosa y étnica, ya que parece excluir los conflictos morales en los que las emociones de los individuos están involucradas. Pero la cuestión más importante de Kallen es simplemente que hay un espacio y oportunidad en otro sitio para las satisfacciones emocionales, que la política no puede (o no debiera) proveer; y debido a que los individuos encuentran realmente estas satisfacciones, los grupos dentro de los cuales éstas se encuentran, son preservados insistentemente; estos grupos no se diluirán en algún proceso social (no coercitivo) común. Quizá puedan ser reprimidos, si la represión es suficientemente cruel, pero aún entonces, triunfarán al final.

Kallen no era enteramente ignorante de las poderosas fuerzas conformadas por la fusión cultural, aún sin represión. Él tenía algunos escritos sólidos sobre la efectividad de los medios de comunicación de masas -aunque conoció éstos en sus comienzos, y en un tiempo cuando los periódicos aún eran un medio sumamente local y la prensa en lenguajes distintos al inglés aún florecían. En su análisis y crítica de la presión para la conformación de la sociedad de masas, anticipaba lo que llegó a ser por los años de 1950 un género distintivamente americano del criticismo social. No fue siempre claro si él ve el pluralismo como una salvaguardia contra, o un antídoto para, la conformación de las etnias americanas hacia ese "americanismo" irresoluto que tanto le disgustaba, una insulsa coloración protectora que destruye toda brillantez interior. En todo caso, está seguro que la brillantez interior sobrevivirá, "ya que la Naturaleza es naturalmente pluralista; sus unidades son eventuales, no básicas..." [22] Eventualmente, refiere, la unión americana probará ser un asunto de "conveniencia mutua", dejando intacta la primacía de la identidad étnica y religiosa. En los años que Kallen escribió, esta cuestión ha reunido una gran cantidad de apoyo ideológico, aunque mucho menos del empírico. "Los principios pluralistas... han estado en ascenso", escribe un crítico contemporáneo del pluralismo, "precisamente en un tiempo cuando las diferencias étnicas han estado menguando". [23] ¿Y si la "excelencia" apropiada a nuestro "tipo" simplemente es una excelencia americana? No necesariamente la virtud cívica del tipo preferido por los nativistas, los republicanos, y los comunistas contemporáneos, pero no obstante, algún color local, una brillantez propia?

Distancia Periférica

Este color local es mucho más visible supongo, en la cultura popular, -la cual es enteramente apropiada en el caso de la primera democracia de masas del mundo. Considérese, por ejemplo, la película un "Americano en París", donde el héroe es simplemente un americano y no un irlandés del todo -o alemán- o judío-americano. ¿Abandonamos nuestros orígenes cuando viajamos al extranjero?. ¿Pero, qué somos entonces sin ellos?. Llevamos con nosotros artefactos culturales de una clase muy específica: "une danse americaine", dice Gene Kelly, a los niños franceses mientras comienza a bailar "tap". ¿Cómo más podría llamar a esta extraña mezcla de baile inglés norteamericano, el "jig and reel" irlandés, y el rítmico golpeteo de pies africano, al que se ha añadido, en el tiempo de Kelly, la influencia del ballet francés y ruso? La creatividad de este tipo es tanto celebrada y explicada por aquellos pensadores y escritores, héroes de la cultura más alta, que puede ser que reconozcamos como distintivamente americana: aquí, la defensa de Emerson de la vida experimental (aunque no estoy seguro que él hubiera admirado el baile "tap"), o la inclusividad democrática de Whitman, o el pragmatismo de James y Pierce.

"Existe de hecho", escribe Gleason, "una nacionalidad americana", [24] no sólo un estatus político, apoyado por un conjunto de ceremonias y símbolos políticos, sino una

nacionalidad de pura sangre, reflejando una historia y una cultura -exactamente como todas las otras nacionalidades de las cuales los americanos han sido y continúan siendo reclutados. La inmigración actual hace difícil ver el éxito real de la americanización en la creación de distintos tipos, caracteres, estilos y artefactos de todas clases con los que, Gene Kelly iba a sus vecinos parisinos para presentarlos y que hubieran reconocido justamente como "americanos". Más importante, los americanos se reconocen uno a otro, se enorgullecen de todas las cosas que hermanan a la comunidad. Así que, mientras no haya duda, son personas plausiblemente llamadas italianos-americanos o suizos-americanos, la vida espiritual (tanto como la política) es ampliamente vivida -esta es la visión de Gleason- a la derecha del guión: en contraste con los italianos reales y los suizos reales, éstos son americanos reales. Esta opinión me parece tanto correcta como incorrecta. Es correcta en su negación de la consideración de Kallen de América como una nación anónima de nacionalidades figuradas. Es incorrecta en su insistencia de que América es una nación como las otras. Pero la verdad no miente, donde podríamos ser naturalmente llevados a buscarla, en algún lugar entre la exactitud y la inexactitud -como si pudiéramos ubicar a América en algún punto preciso a lo largo de la serie que separa lo único de la multitud. Quiero tomar el consejo de aquella canción americana, otro producto de la cultura popular, que nos dice: "señor, no te metas en el intermedio". [25] Si hay artefactos culturales, canciones y danzas, estilos de vida y aún filosofías, que son distintivamente americanos, hay también una idea de América que en sí misma es distinta, incorporando la unidad y la multitud en un "nuevo orden" que puede o no ser "por los siglos", pero que ciertamente es para nosotros, aquí y ahora.

Los pluralistas culturales estuvieron cerca de obtener el nuevo orden, exactamente como lo hacen los nativistas y los nacionalistas y los comunistas americanos. Aún la primera y segunda generación de americanos, como apunta Gleason, tiene tumbas que visitar y casas y vecindarios que recordar en este país, por este lado de aguas cualesquiera que sus ancestros cruzaron para llegar aquí. [26] Lo que es distintivo acerca de la nacionalidad de estos americanos no es su carácter insubstancial -la substancia es rápidamente adquirida- sino su carácter inclusivo. Recordando al Dios de la Biblia hebrea, quiero sostener que América no es una nación celosa. En este sentido, por lo menos, es diferente de la mayoría de las otras. Por ejemplo, considérese un momento clásico en la historia étnica de Francia: el debate sobre la emancipación de los judíos en 1790 y 1791. De cualquier modo, no era un momento crítico; había menos de 35,000 judíos en la Francia revolucionaria y sólo 500 en París. Los judíos no eran económicamente poderosos o políticamente significativos o aún estaban comprometidos intelectualmente en la vida de Francia (todo eso pudo ocurrir sólo después de la emancipación). Pero no obstante, el debate fue serio y largo, ya que trató del significado de nacionalidad y ciudadanía. Cuando la Asamblea Constituyente votó por la plena emancipación en septiembre de 1791, su posición fue resumida por Clermont-Tonnerre, un diputado del Centro, en una frase famosa: "Uno debe negar todo a los judíos como una nación, y dar todo a los judíos como individuos... sería repugnante tener... una nación dentro de otra nación". [27] El voto de la Asamblea llevó a la separación de la existencia corporativa de judíos en Francia, que había sido sancionada y protegida por la monarquía. "Denegar todo a los judíos como nación" significó retirar la sanción y negar la protección. De ahora en adelante, las comunidades judías serían asociaciones voluntarias y los individuos judíos tendrían derechos contra la sociedad y contra el Estado: Clermont-Tonnerre fue un buen liberal.

Pero el debate de la Asamblea también sugiere que la mayoría de los diputados que favorecía la emancipación no la habría mirado con preferencia aún en las asociaciones voluntarias de judíos, en la medida en que esto reflejaba la sensibilidad nacional o la diferencia cultural. El futuro líder girondino Brissot, defendiendo la emancipación, predijo que los judíos que llegaron a ser ciudadanos franceses "perderían sus características

particulares". Sospecho que difícilmente él podía imaginar un triunfo mayor del civismo francés que éste -como si el Segundo Advenimiento secular, tal como en la versión religiosa, sólo esperara la conversión de los judíos. Brissot pensó que el día estaba cerca: "su elegibilidad «por la ciudadanía» los regenerará". [28] Los judíos podían ser buenos ciudadanos sólo en la medida en que fueran regenerados, lo que significó en efecto, que ellos podían ser buenos ciudadanos sólo en la medida en que se volvieran franceses, (después de todo, debían tener algunas "características particulares", si no propias ¿de quién entonces?) sin duda, sus emancipadores tenían una visión generosa de su capacidad para hacer eso, pero no habían sido generosos frente a la resistencia (de los judíos o de cualquier otra de los grupos corporativos del viejo régimen): La asimilación fue el precio de la emancipación.

Desde siempre ésta ha sido la visión francesa de la ciudadanía. Aunque a menudo han sido generosos en conceder el elevado estatus de ciudadano a los extranjeros, las repúblicas sucesivas han estado desconfiadas a cualquier forma de pluralismo étnico. Verdaderamente cada república ha sido "una e indivisible", y ha sido establecida, como Rousseau pensó que debería ser, sobre una fuerte unidad nacional. En este panorama, la unidad es a lo largo, la única garantía de que triunfará el bienestar común y general en la política francesa.

América es muy diferente y no sólo por el eclipsamiento del republicanismo en el temprano siglo diecinueve. Además, el republicanismo había tenido una clase de vida futura como una de las ideologías legitimantes de la política americana. El Hombre del Momento es una imagen republicana de la ciudadanía incorporada; la veneración por la bandera es una forma de piedad republicana. La oración de lealtad es un juramento republicano, pero el énfasis en este tipo de cosas refleja la desunión social más que la unidad; es una tendencia luego de la unidad, donde la unidad no existe. De hecho, América ha sido, con excepciones episódicas pero severas, remarcadamente tolerante del pluralismo étnico (menos lejano así, del pluralismo racial). [29] No quiero menospreciar las dificultades humanas de adaptación aún para un americanismo de orígenes extranjeros, ni negar el fanatismo y la discriminación con que se han encontrado grupos particulares. Pero la tolerancia ha sido la norma cultural.

Quizás una sociedad inmigrante no tiene elección; la tolerancia es una forma de arreglárselas cuando cualquier alternativa política resulta violenta y peligrosa, pero yo sostendría que mayoritariamente, nosotros hemos sacado siempre el mejor partido de esta necesidad, así que las virtudes de la tolerancia, aunque de ninguna manera en principio a la práctica, han suplantado la franqueza de la ciudadanía republicana. Hemos hecho nuestra paz con las "características particulares" de todos los grupos inmigrantes (otra vez, aunque no de todos los grupos raciales) y han venido a considerar la nacionalidad americana como una añadidura de, más que un reemplazo para la conciencia étnica. El guión funciona, cuando está funcionando, más como un signo de suma. Así, "americano" es en efecto, un nombre, pero a diferencia del "francés", "alemán", "italiano", "coreano", "japonés" o "camboyano", puede servir como un segundo nombre. Y como en aquellos primeros matrimonios modernos donde dos patronímicos están unidos, tampoco el primero o el segundo nombre es dominante: aquí el guión funciona más como un signo de igualdad.

Podríamos ir más lejos que esto: en el caso de los americanos de origen extranjero, no importa si el primer o el segundo nombre es dominante. Insistimos la mayor parte del tiempo, que las "características particulares" asociadas con el primer nombre están, como los "Know-Nothings" propugnaban, sostenidas sin la ayuda estatal -y quizás lo probarían en esos términos insostenibles. Aún, un americano étnico es alguien que puede, en principio, vivir su vida espiritual como él elija, en ambos lados del guión. En este sentido,

la ciudadanía americana es efectivamente, anónima, ya que no requiere de un compromiso total hacia la nacionalidad americana (o a cualquier otra). La cultura nacional distintiva que los americanos han creado no se sostiene, existe al lado de la política americana. Se sigue entonces, que los pueblos que prematuramente llamé simplemente americanos, y nada más, de hecho tienen una existencia más complicada que lo que sugieren esos términos. Estos son americanos-americanos, un grupo más de guiones (no exactamente como todos los demás) y uno puede imaginarlos atendiendo los aspectos culturales de su americanismo y rechazando el compromiso político que demanda la ideología republicana. Ellos pueden aún ser buenos o malos ciudadanos, y similarmente, los judíos ortodoxos, así como los judíos seculares (regenerados), los protestantes fundamentalistas, como los protestantes liberales, los irlandeses republicanos como los irlandeses demócratas, los negros nacionalistas y los negros integracionistas -todos éstos pueden ser buenos o malos ciudadanos dando la interpretación de la ciudadanía americana (liberal más que republicana).

Antes de haber comprendido plenamente esta extraña América, se requiere un paso más: no es el caso de los americanos-irlandeses, decir que son irlandeses culturalmente y americanos políticamente, como los pluralistas afirmaban (y como lo he estado asumiendo hasta ahora, por la seguridad del argumento). Aún más, ellos son culturalmente americanos irlandeses y políticamente americanos irlandeses. Su cultura ha sido influenciada significativamente por la cultura americana; aún su política es tanto en estilo y substancia, significativamente étnica. Con ellos, y con cada grupo étnico y grupo religioso, excepto los americanos-americanos, es duplicado su 'origen'. Sin embargo, sigue siendo verdad, que de todo lo que los grupos tienen en común la ciudadanía es mayormente importante y lo que más los diferencia, en la medida en que están aún diferenciados, es su cultura.

Hasta aquí, la alternación de fiebres patrióticas y resurgimientos étnicos en la vida americana, los primeros expresando un deseo de enaltecer la comunidad, los segundos un deseo de reafirmar la diferencia. En ambos términos de esta peculiarmente alternación americana, el bien que es defendido también es exagerado y desvirtuado así que el mismo pluralismo es tratado por los sentimientos que genera. Las fiebres patrióticas son el síntoma de una patología republicana. Como Gleason dice, el asunto en juego es el importantísimo compromiso ideológico que es el único prerrequisito de la ciudadanía americana; ya que la ciudadanía no está garantizada por la unidad, a la larga patriotas o superpatriotas buscan garantizarla por juramentos de lealtad y campañas contra actividades "anti-americanas", a las que «el partido de los "Know-Nothings", habiendo fallado en la restricción de la naturalización, recurrió, en vez de largas pugnas políticas y las deportaciones». Los resurgimientos étnicos son menos belicosos y menos crueles, aunque no sin su propia patología, lo que está en juego aquí es el orgullo y poder común -una demanda por el reconocimiento político sin la asimilación, una inserción de políticas de grupos de interés contra la ideología republicana, un esfuerzo para distinguir este grupo (el propio) de todos los demás. El patriotismo americano está siempre nervioso y tenso por lo que el 'origen' efectivamente hace por la lealtad dual pero parece, al mismo tiempo, completamente americano. El resurgimiento étnico está también nervioso y en tensión porque los orígenes son ya americanos en ambos lados.

En estas circunstancias, el republicanismo es un espejismo y el nacionalismo americano o comunitarismo no es una opción plausible; no abarca nuestra complejidad. Un cierto tipo de comunitarismo está disponible para cada uno de los grupos de origen extranjero -excepto, parecería, para los americanos-americanos, cuya comunidad, si existió, denegaría el americanismo de los demás. Así Horace Kallen es mucho mejor descrito como un judío(-americano) comunitario y un americano(-judío) liberal, y este tipo de coexistencia, más ampliamente realizada, constituiría el patrón que él llamó pluralismo

cultural. Pero las diferentes comunidades étnicas y religiosas son todas ellas mucho más precarias de lo que pensó, ya que no tienen, en un sistema político, ninguna forma corporativa o estructura legal o poder coercivo, y sin estas bases, el "conjunto orgánico heredado" parece disiparse -la población carece de cohesión, la vida cultural carece de co-herencia. John Higham sugiere que los "grupos" resultantes son mejor concebidos como un núcleo de activistas y creyentes y una periferia expansiva de miembros pacíficos o seguidores, perdidos, como lo estaban, en una América más amplia. [30] En el núcleo, el lado izquierdo del origen es más fuerte, por la periferia, el lado derecho es más fuerte, aunque nunca completamente dominante. Los americanos eligen, como lo fue, su propia ubicación; y parece que un número creciente de ellos están eligiendo fundirse en las distancias periféricas. Llegan a ser americanos- americanos, aunque sin invertir mucha pasión en la transformación. Pero si la esencia no se mantiene, tampoco desaparece, es capaz aún de un resurgimiento periódico.

Al mismo tiempo, la larga escala de inmigración continuada, reproduce el pluralismo de Kallen, creando nuevos grupos americanos de origen extranjero y animando el evangelismo entre los creyentes y activistas en los antiguos grupos. América es aún una sociedad inconclusa y al menos por ahora, tiene sentido decir que esta inconclusión es una de sus características distintivas. El país tienen un centro político, pero permanece descentrado en un cierto sentido, más que esto, el centro político, a pesar de las fuertes fiebres patrióticas ocasionales, no funciona contra el descentramiento en otra parte. Tampoco requiere ni demanda el tipo de compromiso que pondría en duda la identificación religiosa o la legitimación étnica, éste no apunta hacia un americanismo terminado o completamente coherente. Además la política americana, en sí misma pluralista en carácter, necesita un cierto tipo de incoherencia. Un programa radical de americanización sería realmente antiamericano. No es inconcebible que América llegue a ser un día un estado-nación, la multitud dando camino hacia la unidad, pero eso no es lo que es hoy; ni es ese su destino nacional -y finalmente, ser un "americano" es saber eso, y estar más o menos contento con ello.

CITAS:

[*] (Fall 1990) Tomado de Social Research, Vol. 57, No. 3. Clara Hernández Estrada, Alumna del Departamento de Sociología, UAM-A.

[**] Editor de la Revista Dissent.

[***] Orden secreta orientada contra los católicos y en particular los irlandeses.

[*4] National Association for the Advancement of Color People.

[1] Horace M. Kallen, Culture and Democracy in the United States (New York: Boni & Liveright, 1924), p. 51.

[2] El discurso de Mario Cuomo en la convención del Partido Democrático en 1984 provee un buen ejemplo de este tipo de argumento.

[3] Kallen, Culture and Democracy, p. 94.

[4] Ibid, p. 122 (ct. 116); John Rawls, A Theory of Justice (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1971), p. 527.

[5] Citado en Kallen, Culture and Democracy, p. 138; el escritor fue superintendente de las escuelas públicas en New York.

[6] Kallen, Culture and Democracy, p. 94.

[7] Ver la consideración de Kallen de cómo los americanos británicos fueron forzados a la etnicidad: Culture and Democracy, pp. 99f.

[8] Philip Gleason. "American Identity and Americanization", en Harvard Encyclopedia, p. 32.

[9] Sobre las complejidades del "nativismo", ver John Hihghan, Send to Me: Jews and Other Immigrants in Urban America (New York: Atheneum, 1975), pp. 102-115. Para una consideración de los Know-Nothings diferente a la mía, ver S.M. Lipset y Earl Raab, The politics of Unreason: Right-wing Extremism in America, 1790-1970 (New York: Harper & Row, 1970), c. 2.

[10] Frank George Franklin, The Legislative History of Naturalization in the United States (New York: Arno Press, 1969) caps. 11-14.

[11] Ibid, p. 247.

[12] Ibid., p. 293

[13] Ibid.

[14] Lipset y Raab, Politics of Unreason, p. 46.

[15] Jean-Jacques Rousseau, The Social Contract, trad. de G. D. H. Cole (New York: E.P. Dutton, 1950) t. III, c.15, p..

[16] Kallen, Culture and Democracy, p. 61.

[17] Ibid., p. 78.

[18] Ibid., pp. 114-115.

[19] Es interesante que tanto pluralistas y nativistas quisieran mantener el mercado libre de consideraciones étnicas y religiosas. Ya que los Know-Nothings pensaron que la política democrática era mucho mejor servida por la etnicidad británica y la religión protestante, colocaron firmemente al mercado dentro de una sociedad civil, permitiendo por completo los derechos de éste, aún a los inmigrantes nuevos y católicos. Contrariamente, Kallen entiende la sociedad civil como un mundo de grupos étnicos y religiosos, asimilando el mercado a la universalidad de la esfera política, a "la común vida ciudadina".

[20] Kallen, Culture and Democracy, p. 124.

[21] Ibid, p. 200.

[22] Ibid, p. 179

[23] Stephen Steinberg, The Ethnic Myth: Race, Ethnicity, and Class in America (Boston: Beacon Press, 1981), p. 254.

[24] Gleason, American Identity, p. 56.

[25] La canción es "Accentuate the Positive" que es lo que estoy haciendo aquí.

[26] Gleason, American Identity, p. 56.

[27] Citada en Gary Kates, "Jews into Frenchmen: Nationality and Representation in Revolutionary France", Social Research 56 (Spring 1989): 229. Ver también la discusión en Arthur Hertzberg. The French Enlightenment and the Jews The Origins of Modern Anti-Semitism (New York: Schocken, 1970), pp. 360-362.

[28] Kates, Jews into Frenchmen, p. 229.

[29] La corriente demanda de (algunos) americanos negros de ser llamados africano-americanos representa un intento de adaptación al paradigma étnico- imitando quizás, el éxito relativo de varios grupos asiático-americanos en una adaptación similar. Pero los nombres no son garantías, ni el pluralismo antinativista provee de protección suficiente contra el muy frecuente racismo étnico-americano. Se ha argumentado que este racismo es la precondition necesaria de los orígenes étnicos la inclusión de sucesivas ondas de inmigrantes étnicos es posible sólo por la permanente exclusión de los negros americanos, aunque no hay evidencia que demostraría tal necesidad. Me inclino a rechazar la creencia metafísica de que toda inclusión implica una exclusión. De hecho, la consideración histórica y empírica del lugar de los negros en el "sistema" del pluralismo americano requeriría otro escrito.

[30] Higham, Send These to Me, p. 242.